

NADA más VERTE

Nada más verte.

Originally published in the English language by
HarperCollins Publishers Ltd. under the title *You Had Me At Hello*.

© Mhairi McFarlane, 2012

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz e Irene Prat Soto

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta y maquetación: Germán Algarra

Primera edición: abril de 2014

Depósito legal: B. 2.282-2014

ISBN: 978-84-15854-30-2

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Mhairi McFarlane

NADA
más
VERTE

Libros de
seda

Gracias a mi extraordinaria agente Ali Gunn y al encantador Doug Kean, por ayudarme a hacer lo correcto. Un enorme gracias también a Jo Rees, cuya espléndida crítica produjo magníficos resultados sin destruir mi autoestima, algo por lo que le estaré eternamente agradecida.

No me queda más que elogiar a mi maravillosa editora, Helen Bolton, que ha demostrado su amor por esta novela llevándola de manera magistral y a todo el equipo de Avon y HarperCollins por ser tan profesionales y amables.

Un gracias enorme para mi excepcional familia, por todo el apoyo y ánimo que me han dado. No hubiera podido hacer esto sin vosotros, como seguro sabéis.

Una mención especial a Clive Norman por su generosa y pronta ayuda, y a mi amigo Sean y a mi hermano Ewan por hacer que siguiera adelante cada vez que me daba uno de mis arrebatos de «no puedo con esto». Gracias también a mis grandes amigos/lectores/consejeros que soportaron todo el proceso de «he escrito un libro»: Tara, Katie, Helen, Kristy, Julia, al muy inspirador Árbol de las tres «C» (¡gracias por el nombre, Nat!) y a mi hermana Laura.

Y para todas esas personas ingeniosas que sé que han tenido los teléfonos levantados (muchas veces por obligación), en especial a Jerry, Rob, David, Tim, espero no tener ninguna querella.

Sobre todo gracias a Alex que, como Bon Jovi, ha tenido fe.

Y gracias a ti que has comprado este libro. Espero arrancarte al menos una sonrisa, ya que mi intención siempre fue que resultara, cuanto menos, un poco divertido.

Para Jenny,
a la que conocí en la universidad.

PRÓLOGO

Libros de

—¡Oh, demonios, vaya una suerte la mía!

—¿Qué pasa? —pregunté mientras ahuyentaba de un manotazo a una avispa especialmente osada de mi lata de Coca Cola.

Ben se estaba tapando la cara con la mano de una forma que solo servía para llamar más la atención sobre su persona.

—El profesor McDonald. Ya sabes, ese que es a los profesores lo mismo que la *Egg McMuffin* a las hamburguesas. Le debo una redacción sobre Keats desde hace una semana. ¿Me ha visto?

Eché un rápido vistazo. Al otro lado del césped veteado por la luz del atardecer, el susodicho profesor se había detenido y estaba señalando a Ben con el dedo de la misma forma que el tío Sam en los carteles de reclutamiento; hasta me dio la sensación de que pronunciaba un silencioso «tú» con los labios.

—Hmm... Creo que sí.

—¿Crees que sí o rotundamente sí?

—Como si un misil acabara de descubrir tus coordenadas exactas y fuera directo hacia ti para derrumbarte.

—De acuerdo. Piensa... piensa... —masculló Ben mirando hacia las hojas del árbol bajo el que estábamos sentados.

—¿Acaso vas a subirme allí arriba? Porque el profesor McDonald es de los que parece no cejar en su empeño hasta que lo ve todo reducido a cenizas.

Los ojos de Ben se posaron ahora en lo que quedaba de nuestro almuerzo y en las mochilas que habíamos dejado sobre el césped, como si allí pudiera encontrar la solución a su problema, si bien yo no creía que esconderse detrás de una *Karrimor*, aunque estuviera garantizada de por vida, fuera a servirle de gran ayuda. Entonces sus ojos se clavaron en mi mano derecha.

—¿Me dejas tu anillo?

—Claro. Pero que sepas que no es mágico. —Me lo quité y se lo di.

—¿Te puedes poner de pie?

—¿Qué?

—Que te pongas de pie.

Hice lo que me pedía y sacudí los restos de hierba que se me habían pegado a los *jeans*. A continuación Ben se arrodilló frente a mí, sosteniendo en alto la pieza de plata que había conseguido por cuatro libras en el mercadillo de estudiantes. Al verlo empecé a reírme.

—¡Eres un idiota!

El profesor McDonald vino hacia nosotros.

—¡Ben Morgan!

—Lo siento, señor, ahora mismo estoy metido en un asunto muy importante —se disculpó. Después se dirigió a mí de nuevo—. Sé que solo tenemos veinte años y puede que esta proposición haya venido forzada por... presiones externas, pero independientemente de eso, eres de veras increíble. Estoy convencido de que nunca conoceré a otra mujer como tú. Y este sentimiento se incrementa día a día...

El profesor McDonald se cruzó de brazos. Sin embargo, por increíble que pareciera, estaba sonriendo. Parecía mentira, pero el desparpajo de Ben había vuelto a triunfar.

—¿Estás seguro de que ese sentimiento no tendrá algo que ver con el maíz dulce y los perritos calientes con salchichas enlatadas que Kev y tú preparasteis la otra noche? —pregunté.

—¡No, por Dios! Me has subyugado. Mi cabeza, mi corazón, mi estómago, mi...

—Cuidado, muchacho, yo de usted no continuaría con el inventario de su anatomía —le aconsejó el profesor—. El peso de la historia descansa sobre sus hombros. Piense en su legado. Eso ha de servirle de inspiración.

—Gracias, señor.

—Tú no necesitas una esposa, lo que necesitas es tomarte algo que te cure la diarrea —dije yo.

—Te necesito. ¿Qué me dices? Cásate conmigo. Hagamos una ceremonia sencilla, así podrás mudarte a mi habitación. Tengo un colchón hinchable y una toalla desteñida que podrás doblar para usarla como almohada. Además, Kev está perfeccionando una nueva receta de patatas bravas con salsa de tomate Heinz.

—Qué oferta más tentadora, Ben. Lo siento, pero no.

Ben se dio la vuelta hacia el profesor McDonald.

—Creo que voy a necesitar una baja por depresión.

Libros de
sead

Capítulo 1

Libros de

Llego a casa un poco tarde. En la puerta resoplo por la lluvia tan especial que cae en Manchester; una que parece ir tanto en dirección vertical como horizontal. Meto tanta agua en casa que me da la sensación de ser un alga a la que las olas han arrastrado a través de las escaleras.

Siempre he creído que mi casa es un lugar agradable sin grandes pretensiones. Solo con un pequeño recorrido de dos minutos uno puede darse cuenta de que aquí vive una pareja de «profesionales» en la treintena y sin hijos: fotos enmarcadas de los héroes musicales de Rhys, una decoración en la que se mezcla lo antiguo con lo moderno —menos de esto último y más de lo primero—, y la pintura azul oscuro de los rodapiés que hace que mi madre siempre suelte con desdén: «esto tiene un aire a centro comunitario».

A pesar de que la casa huele a cena —una picante y caliente— se respira en el ambiente una cierta frialdad, por lo que sé que Rhys no está de buen humor antes de verle siquiera. Mientras me dirijo a la cocina, la tensión de sus hombros y la forma como se inclina sobre lo que sea que está preparando confirman mi sospecha.

—Buenas noches, cariño —saludo, sacando mi pelo mojado del abrigo y quitándome la bufanda. Estoy tiritando, pero tengo todo un fin de semana por delante. Las cosas parecen sobrellevarse mejor cuando es viernes.

Rhys me suelta una especie de gruñido que no sé si es un «hola», pero no lo pongo en duda no vaya a ser que luego me acuse de ser la que empieza con las hostilidades.

—¿Tienes la pegatina de circulación? —pregunta.

—¡Maldita sea! ¡Se me ha olvidado!

Rhys se da la vuelta, cuchillo en mano. «Fue un crimen pasional, su señoría. El hombre llevaba muy mal el asunto del papeleo.»

—¡Te lo recordé ayer mismo! Ahora ya llevamos un día de retraso.

—Lo siento, mañana lo hago sin falta.

—Claro, como no eres tú la que tiene que conducir de forma ilegal...

Tampoco soy yo a la que se le olvidó ir el fin de semana pasado, según el recordatorio del calendario, escrito de su mismo puño y letra. Pero no menciono ese dato, para que no diga que me gusta discutir.

—Sabes que tienen tolerancia cero en este aspecto y que se los llevan al desguace aunque estén aparcados. Luego no me echas la culpa si lo reducen a tamaño Noddy¹ y tienes que ir en autobús.

De pronto me imagino llevando un gorrito azul de duende con un cascabel en la punta.

—Lo haré mañana por la mañana. No te preocupes.

Él vuelve a darse la vuelta y continúa cortando un pimiento que quizá lleve mi cara impresa en él, o puede que no. En ese momento me acuerdo de que tengo un pequeño soborno y corro a recuperar la botella de tinto que llevo en una bolsa de la tienda de vinos Threshers que no deja de chorrear.

—Venga, hagamos un brindis, orejotas —digo, habiendo servido previamente un par de copas.

—¿Orejotas?

—Era una broma por tu anterior alusión a Noddy. Da igual. ¿Cómo te ha ido el día?

—Como siempre.

Rhys trabaja como diseñador gráfico en una agencia de marketing. Un empleo que odia. Aunque odia aún más hablar de ello. Sin embar-

1 Hace referencia a una serie de dibujos animados cuyo personaje principal es el duende Noddy. (N. de la T.)

go, le encanta que le cuente las anécdotas más sórdidas de mi profesión; trabajo como reportera para un periódico local, cubriendo los procesos penales del Tribunal de la Corona de Manchester.

—Hoy, un hombre al que le acababan de comunicar la sentencia que le condena a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional ha respondido con la impagable frase de: «Pues vaya un error de mierda».

—¡Ja! ¿Y lo era?

—¿Un error? No. Ha matado a un montón de personas.

—¿Puedes poner mierda en el *Manchester Evening News*?

—Solo si se pone con asteriscos. Tuve que describir todas las lindezas que la familia del acusado dijo usando el eufemismo de «gritos y llantos emocionales que provenían desde la sala». La única palabra dirigida al juez que no fue un insulto fue «maldito viejo».

Rhys se ríe entre dientes y se va con su vaso hacia la sala de estar. Le sigo.

—Hoy he estado investigando un poco sobre el tema de la música —comento, sentándome—. Mi madre me ha estado dando la tabarra, contándome que el sobrino de Margaret Drummond, la cocinera del club, contrató a un *DJ* que iba todo el rato con una gorra de béisbol y que hacía gestos lascivos y soltaba palabrotas antes de que las damas de honor y los pajes se fueran a dormir.

—Suená bien. ¿Puede conseguir su número? Aunque estaría bien que fuera sin la gorra.

—Quizá no quedaría mal tener un cantante en directo. Un compañero de trabajo contrató a un imitador de Elvis, «el Elvis de Macclesfield». Tiene buena pinta.

Rhys adopta un semblante serio.

—No quiero a ningún viejo gordo, pasado de moda y engominado, cantando *Love Me Tender*. Vamos a casarnos en el ayuntamiento de Manchester, no en una capilla de matrimonios exprés de Las Vegas.

Intento que su comentario no me afecte, aunque no es nada fácil. «Perdóname por tratar de darle un toque divertido».

—Está bien, de acuerdo, pensé que podríamos echarnos unas risas, ya sabes, que todo el mundo se lo pasara bien. ¿Qué te apetecería entonces?

Se encoje de hombros.

—No sé.

Su mal humor y mirada mordaz me dicen que es muy posible que me esté perdiendo algo.

—A menos que... ¿quieres tocar tú?

Él finge pensárselo.

—Sí, supongo que sí. Se lo preguntaré a los muchachos.

Rhys y su banda. Llámalos *sub-Oasis* y te matará. Aunque es cierto que visten mucho con parkas y tienen sus buenas cuotas de peleas. Ambos sabemos, pero nunca decimos en voz alta, que Rhys esperaba que su grupo anterior, el que formó en Sheffield, saltara a la fama, mientras que este es una especie de pasatiempo de los treinta. Siempre he aceptado compartir la afición que mi novio tiene por la música, pero lo que no esperaba era tener que soportarla el día de mi boda.

—Podríais encargarnos de la primera media hora, y después puede seguir el *DJ* hasta el final.

Rhys hace una mueca.

—No voy a tener al grupo ensayando unos días antes para luego tocar solo media hora.

—Está bien, podéis quedaros un poco más, pero se trata de nuestra boda, no de un concierto.

Siento cómo se van formando los nubarrones y hasta incluso un trueno encima de su cabeza. Conozco su temperamento y como terminan este tipo de discusiones como la palma de mi mano.

—Pues entonces tampoco quiero un *DJ* —termina diciendo él.

—¿Por qué no?

—Porque es una horterada.

—¿Quieres encargarte de toda la música?

—Podemos hacer nuestra propia recopilación en un iPod o en Spotify, da igual, y luego mezclarla.

—De acuerdo. —Sé que debería dejarlo ya e intentarlo de nuevo cuando esté de mejor humor, pero no puedo evitarlo—. Pero ¿tendremos a los Beatles, Abba y cosas de esas para los mayores? No se van a enterar mucho si solo les ponemos todo ese rollo de «jódete, no voy a hacer lo que me digas» a todo volumen.

—¿*Dancing Queen*? Ni pensarlo. Aunque tu primo Alan quiera bailarla de forma amanerada y ponerse a mover las manos a la altura de los pezones como si fuera un pato a punto de ponerse a volar; eso siempre me ha parecido una provocación gratuita, la verdad.

—¿Por qué tienes que comportarte como si todo esto te resultara una molestia?

—Creía que querías que nos casáramos según nuestros términos, a nuestra manera. Estábamos de acuerdo en eso.

—Sí, según «los nuestros», no «los tuyos» —replico—. Quiero tener la oportunidad de hablar con nuestros amigos y familiares. De lo que se trata es que sea una fiesta para todo el mundo.

Clavo la vista en mi anillo de compromiso y me pregunto por qué decidimos casarnos. Fue hace unos meses, cuando estábamos en un restaurante griego, celebrando que por fin Rhys había conseguido una prima decente en su trabajo. Estábamos un poco achispados por el *ouzo* que habíamos bebido y la boda surgió como una de las grandes cosas en la que podríamos gastarnos el dinero. La idea de celebrar una buena juerga nos pareció estupenda y estuvimos de acuerdo en que ya iba siendo hora de dar el paso. No hubo ninguna proposición, solo Rhys llenándome el vaso, guiñándome un ojo y diciendo: «¿Por qué narices no lo hacemos?».

En ese momento y en aquel comedor húmedo y caluroso, estuve tan segura, que me pareció una decisión de lo más acertada. Estábamos viendo un espectáculo de danza del vientre en el que una bailarina sacaba a varios jubilados para que giraran alrededor de ella, lo que hizo que nos muriéramos de risa. Amaba a Rhys, y supongo que mi respuesta afirmativa encerraba un «¿con que otro podría casarme si no?».

Sí, estábamos pasando una mala racha, una época de apatía, pero era como las manchas de humedad que hay en un rincón del baño, que si las quieres quitar te cuestan una suma exorbitante de dinero, pero puedes vivir con ellas mientras no les hagas ni caso.

Aunque habíamos esperado demasiado, nunca dudé de que terminaríamos formalizando lo nuestro. Puede que Rhys siguiera llevando el pelo despeinado y el eterno uniforme de estudiante, consistente en alguna camiseta de un grupo musical, *jeans* rotos y zapatillas *All Star*. Sin embargo, a pesar de toda esa fachada, sabía que era de esos a los que les gusta tener el papel firmado antes de que lleguen los hijos. En cuanto volvimos a casa llamamos a nuestros padres para compartir con ellos nuestra alegría, aunque creo que en parte también lo hicimos porque al contar la noticia sería más difícil que nos arrepintiéramos una vez se nos hubiese pasado el efecto del alcohol. De modo que no hubo declaraciones de amor bajo la luz de la luna ni sonatas, aunque como Rhys diría, así es la vida.

Ahora me imagino ese día, el que se supone que tiene que ser el más feliz de nuestras vidas, lleno de compromisos y de una irritación contenida, y a Rhys comportándose de forma hostil y pasando la mayor parte del tiempo con sus compañeros del grupo, igual que cuando lo conocí, cuando lo único que quería mi inmaduro corazón era estar con su banda.

—¿Desde cuándo el grupo se ha convertido en un tercero de esta relación? ¿Vas a estar todo el día ensayando mientras yo me quedo en casa con un niño llorando en los brazos?

Rhys aparta el vaso de sus labios.

—¿A qué viene esto? ¿Qué quieres? ¿Que me convierta alguien distinto, que deje de hacer algo que me encanta para llegar a ser lo suficientemente bueno para ti?

—Yo no he dicho eso. Solo que no creo que el que tú toques sea compatible con que pasemos tiempo juntos el día de nuestra boda.

—¡Ajá! Qué más da si después tendremos toda una vida por delante para estar juntos.

Lo ha dicho como si nuestro matrimonio fuera una condena a cadena perpetua, con acoso sexual en las duchas incluido, levantarse a las seis de la mañana para correr por el patio y los mensajes cifrados a las personas que están fuera.

Tomo una profunda bocanada de aire y siento una intensa y pesada opresión bajo mi caja torácica, una punzada de dolor que intento mitigar bebiendo un sorbo de vino, algo que siempre me ha funcionado en el pasado.

—No estoy segura de que esta boda sea una buena idea.

Ya está. Este molesto pensamiento ha conseguido traspasar mi subconsciente hasta el consciente, y de ahí ha ido directo a la boca. Lo que me sorprende es que no quiero reprimirlo.

Rhys se encoge de hombros.

—Te propuse que hiciéramos una pequeña escapada y nos casáramos en el extranjero, pero tú quisiste que fuera aquí.

—No, me refiero a que no creo que casarnos «ahora» sea una buena idea.

—Bueno, pues la gente se va a extrañar bastante si la cancelamos de pronto.

—Pero eso no es razón suficiente para seguir adelante.

«Dame una buena razón», pienso. Quizá le esté mandando un mensaje a la desesperada con mi última frase. Me doy cuenta de que en mi interior se ha encendido una bombilla, que ahora lo veo todo claro, pero Rhys no parece entender la urgencia de la situación. He dicho el tipo de cosas que no solemos decir. Y negarse a escucharlo no es respuesta suficiente.

Él se limita a soltar un suspiro estrafalario; uno que viene cargado del indiscutible cansancio que según parece le supone el vivir conmigo.

—Da igual. Llevas intentando discutir desde que llegaste a casa.

—¡Pues claro que no!

—Y ahora te enfadas porque quieres obligarme a aceptar a un *DJ* cualquiera que pinchará bazofia para que tú y los imbéciles de tus ami-

gos os divirtáis cuando estéis borrachos. Bien. Contrátalo. Haz lo que te dé la gana, no pienso seguir discutiendo.

—¿Imbéciles?

Rhys toma un sorbo de vino y se pone de pie.

—Será mejor que siga con la cena.

—¿No crees que el hecho de que no nos pongamos de acuerdo con esto podría ser una señal de algo?

Él vuelve a sentarse de nuevo.

—¡Por Dios, Rachel!, no intentes convertir esto en un drama. He tenido una semana muy dura y no me quedan fuerzas para soportar otro de tus berrinches.

—Yo también estoy cansada, pero no por trabajar cinco días a la semana, sino por el esfuerzo que me supone fingir. Estamos a punto de gastar miles de libras para ponernos delante de todos aquellos que mejor nos conocen y representar un papel, y con solo pensarlo me estoy poniendo nerviosa.

Que Rhys no entienda lo que está pasando es lógico. Al fin y al cabo él se está comportando como suele. En realidad todo esto es lo mismo de siempre. Soy yo la que siento que hay algo dentro de mí que se ha roto. Una pieza de mi maquinaria se ha gastado, al igual que sucede con cualquier aparato de los que usamos a diario, que funciona perfectamente hasta que un día deja de hacerlo.

—Y sí, creo que no es buena idea que nos casemos —continúo—. De hecho, ni siquiera estoy segura de que debamos seguir juntos. No somos felices.

Mi confesión lo deja un tanto aturdido, aunque segundos después vuelve a mirarme desafiándome abiertamente.

—¿No eres feliz?

—No, no lo soy. ¿Y tú?

Rhys cierra los ojos, suspira y se pellizca el puente de la nariz.

—No, en este momento no me lo estoy pasando muy bien que digamos.

—¿Y en general? —insisto.

—¿Se puede saber qué es la felicidad, a los efectos de esta discusión? ¿Corretear por los prados tan contento con un cielo lleno de nubes que parecen algodón, mientras recoges margaritas? Pues entonces no, no lo soy. Te quiero, y creía que tú también me querías lo suficiente como para hacer un esfuerzo. Ahora veo que no.

—Hay un término medio entre las margaritas y las discusiones constantes.

—Madura de una vez, Rachel.

La típica reacción de Rhys ante cualquiera de mis dudas siempre ha sido un brusco «madura», «supéralo» o «todo el mundo sabe lo que se puede encontrar en una relación y tus expectativas son poco realistas». Solía gustarme la seguridad con la que lo decía. Ahora ya no estoy tan segura.

—No es suficiente —sentencio.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué quieres mudarte?

—Sí.

—No te creo.

Después de todo este tiempo, tampoco yo. Ha sido como una aceleración ultrasónica, como pasar de cero a mil en segundos y siento como si estuviera bajando desde el punto más alto de una montaña rusa. Puede que esta haya sido la razón por la que tardamos tanto en querer casarnos, porque sabíamos que esta decisión haría que problemas que veíamos muy difusos, empezaran a adquirir nitidez.

—Mañana mismo me pondré a buscar algo de alquiler.

—¿Esto es todo lo que valen trece años juntos? —pregunta—. ¿Si no hago lo que tú quieres en la boda, te vas sin más?

—Sabes que no es por la boda.

—Me hace gracia cómo todos estos problemas te preocupan ahora, justo cuando no consigues que las cosas se hagan a tu manera. No recuerdo que tuvieras este tipo de... «introspección» cuando te compré el anillo.

Rhys se acaba de anotar un punto. ¿He iniciado esta discusión para encontrar una razón? ¿Tiene esa razón el peso suficiente? Mi determinación empieza a debilitarse. Quizá, cuando me despierte mañana, piense que todo esto ha sido un error. Puede que esta claridad tan apocalíptica que de pronto me consume deje de empapararme como la lluvia que todavía sigue cayendo fuera. Tal vez podríamos salir a comer a algún sitio mañana, escribir las canciones que más nos gustan en una servilleta de papel y recuperar la ilusión por nuestra boda...

—Está bien... si queremos que esto funcione tenemos que hacer algunos cambios. No podemos seguir echándonos en cara las cosas; deberíamos ir a ver a algún consejero o algo por el estilo.

Con poco que me ofrezca en este aspecto, me quedaré. Así de patética es mi resolución.

Rhys frunce el ceño.

—No pienso sentarme delante de ningún sabiondo mientras le cuentas lo mal que me porto contigo. Ni tampoco voy a postergar la boda. O lo hacemos ahora o nos olvidamos de casarnos.

—¿Te estoy hablando de nuestro futuro, si es que lo tenemos, y lo único que te importa es lo que la gente pueda llegar a pensar si cancelamos la boda?

—No eres la única que puede dar un ultimátum.

—¿Te crees que estamos jugando?

—Si no estás segura después de esto, nunca lo estarás. Así que no hay más que hablar.

—Si eso es lo que quieres —digo con voz temblorosa,

—No, es lo que «tú» quieres —replica enfadado—. Como siempre. Después de todo lo que he sacrificado por ti...

Que diga eso me pone furiosa; es la clase de ira que hace que te levantes un metro sobre el suelo como si tuvieras un lanzacohetes en los talones.

—¡No has hecho nada por mí! ¡Tú solito decidiste mudarte a Manchester! Actúas como si tuviera una deuda contigo, una que nun-

ca podré pagarte, ¡y eso es una estupidez! ¡El grupo en el que tocabas antes iba a separarse de todos modos! ¡No me culpes por algo que no lograste!

—¡Eres una egoísta y una malcriada! —brama él, poniéndose de pie, porque gritar estando sentado nunca es tan efectivo—. Quieres lo que quieres, y nunca piensas en lo que el resto del mundo tiene que hacer para conseguírtelo. Y con esta boda estás haciendo lo mismo. Eres una egoísta de la peor clase, porque te crees que no lo eres. En cuanto al grupo, ¿cómo coño te atreves a decir que sabías cómo iba a terminar? Si pudiera volver a atrás y actuar de forma diferente...

—¡Venga, dime qué harías! —grito.

Aquí estamos los dos, de pie, respirando de manera que se nos puede oír muy bien, enfrentados como si estuviéramos en una pelea a tres, lanzándonos dardos con las palabras, una pelea en la que ninguno de los dos encuentra ventaja en atacar primero.

—Está bien. De acuerdo —termina diciendo Rhys—. Me voy a casa este fin de semana. No quiero quedarme aquí y seguir con todo esto. Empieza a buscar otro sitio en el que vivir.

Me dejo caer en el sofá y me siento con las manos sobre el regazo, mientras le escucho subir las escaleras y meter algo de ropa en una mochila. Las lágrimas corren por mis mejillas, bajándose por el escote de la camisa, que apenas estaba empezando a secarse. Ahora oigo a Rhys en la cocina y me percató de que está apagando la placa sobre la que estaba una cazuela con *chili*. De alguna manera, ese gesto, que a primera vista no parece tener mayor importancia, me sienta peor que cualquier cosa que pueda decir. Me cubro la cara con las manos.

Pasados unos minutos, me sobresalto al escuchar su voz justo a mi lado.

—¿Hay alguien más?

Levanto la vista, con los ojos anegados en llanto el llanto.

—¿Qué?

—Ya me has oído. ¿Que si hay alguien más?

—Por supuesto que no.

Rhys duda un instante.

—No sé por qué lloras. Esto es lo que querías —dice.

A continuación se marcha, dando un portazo tan fuerte que suena como un disparo.

Libros de
seada

Libros de
seada